

jer burguesa y mujer obrera, feminismo catalán y feminismo español, etcétera...), Mary Nash insiste en la ausencia de la mujer en la historia y en las dificultades en el estudio del feminismo incrementadas por ser obrero. En líneas generales en la mujer obrera «el factor de identidad de intereses de clase parece haber sido más fuerte en el caso de las mujeres de la clase obrera que su conciencia feminista».

Finalmente, Manuel Lladonosa y Joaquim Ferrer, estudian una organización, el **Centre Autonomista de Dependents de Comerç i de la Indústria**, en la cual el nacionalismo catalán se unió al reformismo social de los empleados de comercio y de oficinas. Esta organización pasó en algo más de tres décadas de ser una entidad cultural a mutualista y sindical. ■ ANA SENENT.

## NUESTRA RECIENTE HISTORIA ECONOMICA

Cuando, en los albores de 1976, José Luis García Delgado y Julio Segura denunciaban, junto a algunas otras personas, el peligro de que los gravísimos problemas de la economía cortocircuitaran el proceso político, no se les prestó la atención suficiente. Hoy casi dos años después de aquel primer anuncio, el «Pacto de la Moncloa» viene a confirmar la justeza de su augurio: la crisis económica se ha convertido en el problema crucial del momento político.

El libro «**Reformismo y crisis económica: la herencia de la dictadura**», de García Delgado y Segura, que publica la Editorial Saltés, desarrolla a fondo las razones de esta opinión. En la reelaboración, revisión y ensamblaje de los artículos publicados por los autores—catedráticos de Estructura y Teoría Económica, respectivamente— durante casi once meses en las páginas de la revista «Triunfo». En once meses que son cruciales en la historia reciente de España.

Crisis económica y crisis política están interrelacionadas, a juicio de los autores. Y a la luz de esta interrela-

ción caben tres salidas políticas. Tres salidas destinadas a superar, con distintas intensidades, lo que Segura y García Delgado llaman «modelo» de crecimiento económico español de los años 60. Un modelo periclitario, puesto que las bases sobre las que se sustentó—y a las que se dedican varios capítulos en el libro— ya no tienen vigencia.

El modelo de los 60 es ya impracticable. Lo era bastante tiempo antes de la muerte del dictador. Y la brutal crisis económica que se desencadena desde finales de 1973 pone en evidencia esta imposibilidad. Ya no es posible dar «renta per cápita a cambio de derechos ciudadanos», tal como pretendieron, y en buena medida lograron gracias a un desa-

### REFORMISMO Y CRISIS ECONÓMICA LA HERENCIA DE LA DICTADURA

JOSE L. GARCÍA-DELGADO y  
JULIO SEGURA

editorial saltés

rollo cuantitativo que no paliaba fallos cualitativos, los tecnócratas de la década pasada.

Frente a la necesidad del cambio, caben tres salidas que se corresponden con otras tantas opciones políticas: el **modelo de cambios mínimos** que respete en lo esencial la situación heredada del franquismo, en orden a los privilegios, a los centros decisionales del poder económico, introduciendo mínimas variaciones para poder salir de la crisis económica; pero para ello es preciso contar con la clave de un fuerte apoyo exterior sin cortapisas, que aumentaría aún más la dependencia de la economía española. Esta es la línea, frustrada, según los autores

predecían, seguida por el Gobierno Arias-Villar y el primero de Adolfo Suárez.

Segura y García Delgado definen la segunda salida como la que persigue un **modelo de homologación europea**. En éste el Estado habría de cumplir dos funciones: facilitar el acceso a los bienes públicos y redistribuir la renta en favor de las clases menos favorecidas, evitando que estas acciones del sector público disminuyan los incentivos que son fundamentales para la iniciativa privada que seguirá siendo la inspiradora del sistema, pero recortada y reconducida. Ese modelo exige una profunda reforma fiscal y la democratización del mecanismo de toma de decisiones económicas. Asimismo implica una reforma agraria de tipo técnico y la adecuación del funcionamiento de la economía a los esquemas del Mercado Común, en el que España ha de integrarse.

Los autores se manifiestan partidarios de una tercera opción: la de un **sistema económico de tipo socialista**, ya que «las opciones estrictamente capitalistas son consideradas válidas por los autores sólo en función de que potencien a medio plazo la viabilidad de un sistema social alternativo»: un sistema socialista.

Sobre estas dos líneas—la caducidad técnica y política del modelo de los sesenta y la batalla entre los dos modelos alternativos de crecimiento capitalista—, el libro de García Delgado y Segura constituye una aportación importante a la historia económica reciente de nuestro país.

Una aportación que, en un momento como el actual, cuando parece que se va optando por la segunda vía—el modelo de homologación europea— sin haber aún roto plenamente con la herencia del franquismo, va a ser polémica. O, sencillamente, va a entrar en el debate nacional, especialmente a partir de los últimos capítulos del libro en los que se hacen propuestas concretas para un futuro inmediato.

Es la aportación de unos expertos que evidencian asimismo una preocupación poco frecuente: la de divulgar asuntos hasta ahora un tanto esotéricos como lo son los de la economía. Hacer extensivos a los protagonistas del devenir económico, a los parados, a los trabajadores, a los consumidores, los plantea-

mientos que sólo han estado reservados a una élite, no es empeño fácil, pero hay que agradecer a quienes lo intentan. Y, como lección para muchos, el tono, el lenguaje, el tratamiento, no desmerece la altura del análisis. ■ **CARLOS ELORDI.**

## EL AGRARISMO GALLEGO

Todos los movimientos agraristas —en la literatura social española denominados «agrarios»— han surgido en torno a la cuestión de la propiedad de la tierra y se han desarrollado en dos fases sucesivas: el proceso de movilización campesina y la reformulación crítica de una determinada problemática agrícola.

Del análisis de la primera etapa del **proceso organizativo del campesinado** en el marco concreto de **Galicia** y en el tiempo comprendido **entre los años 1875 y 1912**, se ocupa el estudio de **J. A. Durán** que ha publicado *Siglo XXI* en su colección «Historia de los movimientos sociales» (1). J. A. Durán, investigador pontevedrés, autor de interesantes estudios sobre Galicia —«Historia de caciques, bandos e ideologías en la Galicia no urbana», «Agitadores, poetas, caciques, bandoleros y reformadores en Galicia» y «Entre el anarquismo agrario y el librepensamiento», entre otros— aborda aquí un tema prácticamente inédito al que tuvo acceso gracias a sus exploraciones en torno a las luchas caciquistas en la Galicia no urbana.

El libro que comentamos comprende los resultados de una vasta investigación sobre los orígenes y primera madurez del agrarismo gallego y viene a cubrir un vacío importante en la verdadera historia de éste. El trabajo de Durán está estructurado en cuatro partes. En la introducción se trazan las directrices que determinan las condiciones del campo gallego en las últimas décadas del siglo XIX: la densidad de la población agrícola —«más del 75 % de sus gentes se

apiñaban sobre aquel suelo productivo, escaso y fragmentado»— y la atomización de la propiedad de la tierra —«la tierra gallega estaba, en verdad, muy dividida, pero pésimamente repartida» (...) «estaba, en su inmensa mayoría en manos de absentistas que explotaban la tierra y el campesinado por vía de renta»—.

Pese a la precaria situación del campesinado, sangrado por los grupos sociales que viven de la tierra sin explotarla directamente —los llamados «foristas» y «foreros»—, el movimiento societario no cristaliza hasta 1890, «cuando la burguesía gallega inicia un proceso de escisión interna, abalanzándose su izquierda crítica sobre el campesinado, dispuesta a organizarle para que juegue a su favor el dominio poblacional traducido en fuerza de sufragio».

A continuación, J. A. Durán trata de los diferentes focos del societarismo campesino y de los principales protagonistas del movimiento: Valentín Peña, Severino Pérez, Fernando Freijeiro y Vicente Vidal, gran figura del socialismo pontevedrés finisecular. Con especial atención describe la sucesiva incorporación de personalidades públicas y grupos sociales al proceso organizativo.

Las primeras sociedades campesinas —se constituyen 49 en los cinco últimos años del siglo— «se convierten en elementos dinamizantes de la vida no urbana de Galicia». Además de replantear las reglas de uso y disfrute de la tierra y cuestionar algunos elementos de la cultura tradicional como la influencia de las autoridades eclesiásticas en los asuntos materiales, las sociedades agrarias desempeñaron funciones muy concretas: lucharon en favor del desarrollo de la ganadería y el control de las rentas y pensiones, por ejemplo.

El siguiente capítulo explica la historia de los primeros movimientos agrarios gallegos que llegaron a tener entidad: el de los agrarios-regionales, aglutinados en la «Solidaridad Gallega»; el de los anarcosindicalistas de «Unión Campesina» y, por último, la incorporación masiva del campesinado a la lucha antiforista a partir de la campaña en pro de la redención forzosa de los foros que lanzó en 1907 la sociedad agrícola de Teis, Pontevedra.

Estos tres movimientos, paralelos y convergentes, concebidos con una orientación agrarista que englobaba

### J.A. Durán Agrarismo y movilización campesina en el país gallego (1875-1912)



a toda Galicia, terminaron por fracasar, pero la labor realizada no iba a perderse en el vacío; años más tarde la conciencia agrarista que se extendió por toda Galicia gracias a las sociedades agrarias fue el punto de partida del movimiento «basilista» de Acción Gallega.

El estudio de Durán termina con un capítulo dedicado a la prensa agraria de los años 1900-1912 y una relación de las fichas técnicas de veinte periódicos que se publicaron en este período especializados en el tema agrario. ■ **BEL CARRASCO.**

## EL SIGLO XVIII Y LA RELIGION

Existe una fuerte tendencia a identificar de modo indiscriminado al siglo XVIII con la Enciclopedia y las Luces. Y a colgarle como atributos exclusivos la incredulidad general y un feroz anticlericalismo. Esta última interpretación, debida a autores tan reaccionarios como Joseph de Maistre que vieron en la revolución burguesa el fruto podrido de todo el librepensamiento anterior, fue aceptada como buena incluso por los herederos espirituales de los Diderot, D'Alembert o Rousseau.

(1) J. A. Durán: «Agrarismo y movilización campesina en el país gallego». Siglo XXI de España Ediciones. Madrid, 1977.